

May 2022

El Jardín de los Ajolotes

Mario Lara

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.csumb.edu/writingwaves>

Recommended Citation

Lara, Mario (2022) "El Jardín de los Ajolotes," *Writing Waves*: Vol. 5, Article 11.
Available at: <https://digitalcommons.csumb.edu/writingwaves/vol5/iss1/11>

This Article is brought to you for free and open access by the Student Journals at Digital Commons @ CSUMB. It has been accepted for inclusion in *Writing Waves* by an authorized administrator of Digital Commons @ CSUMB. For more information, please contact digitalcommons@csumb.edu.

El Jardín de los Ajolotes

Mario Lara

Keywords: jardín, ajolotes, sueño, surrealismo, historia

Tomo un largo suspiro, floto en el vacío, exhalo y abro los ojos. Diferentes sentimientos recorren mi cuerpo, dolor, melancolía, aromas desconocidos. Veo una luz en el fondo de mis lágrimas, me niego a seguirla. Alzo mis brazos tratando de tocar mi alrededor, no logro sentir una sola presencia, escucho voces. El miedo me hace temblar hasta que mi corazón me recuerda que sigo vivo. Intento ponerme de pie, la neblina se convierte en un túnel que conduce hacia el faro.

Un paso sobre otro, el suelo cruje como madera. El aire es tan pesado que quema mis pulmones. Sí tan solo pudiera ahogar las cenizas. ¡Abrazaría con mi desnuda piel todos mis pecados, comería mis mentiras!, ¡volaría sin arrancar mis plumas una por una! Las palabras de lamento se atorán en mi garganta, derraman sangre. ¡Malditas mañanas de lujuria! ¡Podridas noches de químicos!, ¿por qué no he de apuñalarme?

Tantos sueños que no han sido cumplidos serán olvidados, pero no es culpa mía. ¿Qué es justo? No debería sorprenderme que se llevaran mi alma. Tan inútil. Un estorbo. Quiero otro trago de vida, que el tiempo se detenga. Me daría bofetadas por ser egoísta, pediría perdón, viviría. Fui ciego, robé las estrellas ¡Soy un ladrón! Merezco ser congelado en la Judeca. Caigo de rodillas, golpeo mi frente contra el suelo, las viejas costras se abren hasta dejar descubiertos los huesos. Llego a la puerta alumbrada bajo el viejo faro, está cerrada.

Miro fijamente la puerta, todo alrededor es oscuridad. La vela que sostiene el faro se mueve de un lado a otro. Pido que la noche sea menos violenta para que la flama se mantenga en equilibrio. De nuevo pregunto, "¿podrías calmarte?", nadie contesta. Un agudo chillido atraviesa, apaga el fuego y corta mi pecho. El dolor de cabeza

es insoportable. La luz de la noche traspasa las cortinas del cuarto, la cama con sus sábanas desinfectadas me provoca tristeza.

Me levanto, estoy recargado en la ventana. "¿No crees que es demasiado pronto para dormir?", pregunté con voz baja. Nadie me mira desde hace tiempo, soy una bata que anda sola por los pasillos. Si ella estuviera aquí me diría qué hacer. No puedo negarme a estar en esta prisión de agujas. Observo sombras en la habitación, miro la foto arriba del mueble, sus labios brillan, provocan fugaces ideas. Me recuesto, miro el techo perdiendo la noción del tiempo.

Mis manos se tornan pálidas, la soledad se ha vuelto tan acogedora que no recuerdo lo que era ser feliz. Reposo en compañía de historias ya leídas, los viejos cuentos de un lejano amor. Las letras se convirtieron en mi propio desfile lleno de desgracia, me pregunto ¿Cuándo me iré? ¿Encontraré otro camino? Nada es como ayer. Estoy tan enfermo que el sudor se ha vuelto mi suéter, cierro los ojos, un pequeño descanso de mi agonía provoca que pueda ver sus rostros. Mi madre junto a mi padre, Violeta con su hijo. Ella mirándome con sus primorosos ojos que se despiden y saludan al mismo tiempo. Me doy cuenta de que no existe otro sendero. No hay forma de alterar como gira este mundo; sonrío, dejo caer mi cuerpo junto al suyo, miramos el cielo. Inclina su cabeza, siento sus suspiros, entonces despierto.

El túnel aparece, corro hasta la puerta, giro el picaporte. Un rayo de luz me ciega. Caigo, se vuelve a cerrar. Cantos de avecillas recorren mis oídos, con todas mis fuerzas trato de levantarme. Un jardín de flores inunda mi vista. Plantas de todos los colores, olores, épocas y tamaños. Los árboles con sus coloridos frutos están quietos. En sus ramas los jilgueros dejan de bailar y encadenan sus ojos hacia mí. En medio del jardín está una fuente llena de ajolotes que nadan con gracia. Percato una carta en la orilla, un gato negro con los ojos totalmente blancos está sentado junto a ella. Fija su mirada en mí pidiendo que le acompañe, estamos atrapados en un vaivén de silencios en donde ser paciente es la llave; y me he quedado encerrado.

Camino, sin sentir mis piernas avanzar, las flores cambian de tonos, se abren y cierran en un eterno vaivén. Las hojas de los árboles se vuelven cafés, dan bienvenida al otoño, caen con el ligero viento e inicia el invierno. Logro entender que nada se detiene excepto el gato. Sus ojos siguen fijos, respira lento, su pelaje no se mueve,

su cola me hipnotiza. Sigue allí, esperando mi llegada. Me detengo, desvió mi atención al cielo, nos movemos, es de día y de noche en un par de minutos. Nunca logro ver las estrellas, solo algunos focos. Rozo con mis dedos las flores más cercanas, y ante un delicado roce los pétalos se desploman.

Una sonrisa escondida tras sus bigotes me hacen entenderlo, los pétalos caen uno tras uno, los ajolotes se convierten en salamandras. Al fin estoy en la fuente, el sol dura unos minutos. Me siento sobre la orilla, sujeto el sobre, leo. Doblo la hoja para regresarla. El gato comienza a moverse, ronronea sobre mis piernas, ahora duerme. La noche llega a la fuente. Admiro el paisaje una vez más. El gato se despierta, veo a través de sus ojos.

Author Bio:

Mario Lara is a second year Marine Science major, born in LA and raised in Jalisco. Interested in indie/punk music and Hispanic American literature, this has nurtured him into expressing himself through writing in a poetic and surrealistic way.